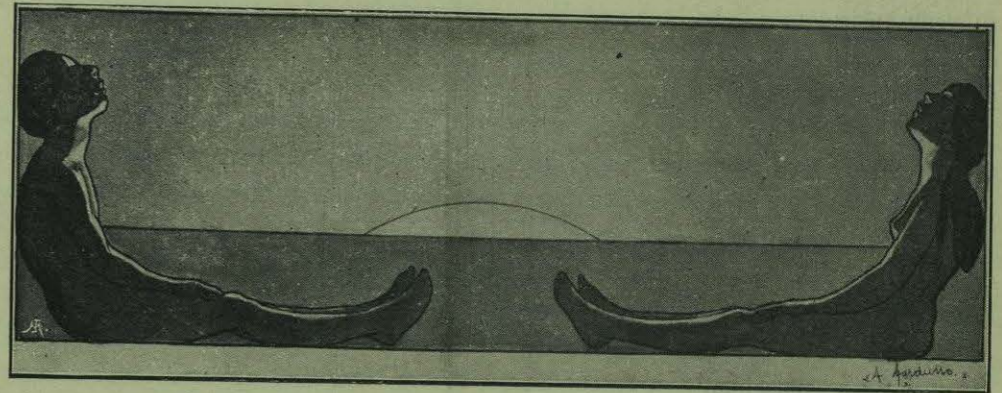


Federico Nietzsche.

J.R. cop. 1900



NIETZSCHE

SU ESPÍRITU Y SU OBRA

(Conferencia de Antonio Caso).

Como protesta inquietante contra la civilización contemporánea, como reacción formidable contra los valores morales admitidos, y las ideas directrices consagradas, como negación de las afirmaciones más rotundas, como afirmación de las más categóricas negaciones, acertó á aparecer en el seno de la colectividad germánica y al mediar la centuria vigésimonovena, un espíritu capaz de todas las vacilaciones, de todas las paradojas y todas las excelsitudes; fuente inagotable de pensamientos nuevos, alma deslumbradora que realizó el concepto romántico del genio, y que pudo mostrar en su obra y en su anhelo la idiosincracia misma de su raza, llena de opulentos vigos mentales y de mesiánicos augurios, dueños de nutrir todavía otros muchos temperamentos á igual punto originales y reveladores.

*
**

Muy diversas apreciaciones han surgido del estudio analítico de la obra Nietzscheana. No se han dado tregua críticos, filósofos y artistas, en el loable afán de justipreciar la labor complexa y múltiple del gran pensador. Quién cree que Nietzsche debe ascender por derecho de genio á las encumbradas alturas que huellan los más cumplidos optimates de la inteligencia; quién hace en su honor el elogio hiperbólico que á los eximios otorgan los devotos en raptos de frenético entusiasmo; quién, como el psicólogo Ingegnieros, le equipara á Cristo, señalándole como el segundo gran propulsor moral que la humanidad registra en sus fastos; quién, en cambio, como Nordau, lo hace ocupar un puesto eminente en la singular casa de orates que

su ciencia psicológica le ha hecho establecer, incluyendo en ella á las más ilustres personalidades del siglo.

Nietzsche permanecerá inexplicable para todos los que sólo tienen diatribas y vilipendios hacia lo que no se conforma á sus nociones personales. La proyección del yo en las conciencias extrañas, trae consigo, necesariamente, el desconocimiento de dichas conciencias, el ridículo engaño de censurar á los demás hombres, porque no reproducen en sus tendencias cardinales, por lo menos, las tendencias que informan la «ecuación personal» del que critica.

Lejos de encerrarse en sí mismo, el verdadero crítico debe metamorfosearse al valorizar otras personalidades, viviendo, si fuere posible, las vidas que aquilatan, abandonando sus preocupaciones personales, para discutir desde las tranquilas regiones de la impasibilidad científica, los credos extraños. La naturaleza humana es variadísima, y los hombres geniales, son síntesis exquisitamente complicadas de tan complicada naturaleza, voluble dentro de su unidad esencial, como las ondas caprichosas del océano, y las informulables irisaciones del cielo.

Nietzsche, fué á la vez artista y pensador. Su obra, lo es, de ciencia y de belleza, como la de Ruskin, como la de Renan, como la de Carlyle.

«Así hablaba Zarathustra: es tanto un poema, como un evangelio. Los filósofos que como Spinoza ó Kant, fueron sólo filósofos, si alguna vez realizaron obra estética, fué á fuerza de ser claros y concisos; en ellos, la precisión geométrica del concepto se eleva en ocasiones á la más serena belleza; experimentase al leerlos, la convicción de que el pensamiento se extendió hasta abarcar todo su objeto, y profundizó tan bien su tema, que todo lo que á él respecta, hubo de caer bajo la escrutadora perspicacia del genio. Nietzsche no

corresponde á esta serie de grandes espíritus, en los que la razón es la facultad dominante, totalmente diferenciada de las demás facultades psicológicas! Quería, según él mismo lo dice, emplear la «totalidad del yo» en la prosecución de la verdad; todo su sér moral había de coadyuvar en la empresa; de ahí la factura «sui generis» de sus creaciones, y la peculiar estructura de su estilo.

Ahora bien, es muy difícil adunar las facultades artística y filosófica sin que se amengüen al unirse, y más difícil aún, empeñarse como Nietzsche en su consorcio sistemático. Los que han pensado con la «totalidad del yo», no pudieron, en la inmensa mayoría de los casos, realizar obras perfectas; pues que muchas veces probaron, ó creyeron probar, empleando metáforas más ó menos ingeniosas; ó juzgaron hacer poesía cuando disminuían el fuego de sus inspiraciones con la aridez peculiar de las cadenas silogísticas.

La opinión vulgar que asigna cualidades contradictorias al genio artístico y al filosófico, tiene un fondo de verdad, según lo preconiza el análisis psicológico de ambas naturalezas. El pensador especulativo tiene por misión, revelar el elemento abstracto que se esconde en la inmensa cantidad de detalles, en la indefinida sucesión de seres, almas y cosas. El artista, por el contrario, debe esclarecer el infinito polimorfismo universal, mirando atentamente los cambiantes atributos cosmológicos, y exaltándolos ó deprimiéndolos dentro de los cánones estéticos, conforme lo demandan las condiciones de la imaginación creadora. El primero, siente la evolución en su unidad superior: el monismo científico, la identidad esencial del conjunto. El segundo, siente y expresa la exuberancia inagotable; la divina proliferación de entidades que llenan el mundo. Establecer la síntesis de ambas tesis, como diría Hegel,

es ser un dios. Distinguir la unidad en la variedad, y la variedad en la unidad; contemplar, no separadas, sino armoniosamente unidas, como de verdad lo están fuera de la consciencia, ambas categorías supremas, es cumplir la adaptación absoluta de la inteligencia á la existencia, convertirse en conciencia del Universo entero. Platón, Lucrecio, Leonardo de Vinci, Goethe; tales fueron los hombres dioses que lograron su identificación gloriosa con la vida perenne. Ellos representan, no «el alma de mil almas,» como escribiera Coleridge pensando en Shakespeare; sino el alma misma del Cosmos hecha prosa inmaculada en el diálogo platónico; arquetipo de belleza en los lienzos de Leonardo, y armonía sublime en el verso olímpico del Júpiter de Weimar.

Nietzsche no alcanzó tan augusto equilibrio mental, su espíritu tempestuoso, desordenado, apocalíptico, no pudo marcar, según la frase célebre del romántico francés, los cien grados del genio. La «totalidad del yo,» que en Lucrecio es compenetración con el perpetuo movimiento de ser, es en Nietzsche relampagueo siniestro, fulguración vivísima, conmoción repentina y extraordinaria; pero nunca belleza absoluta, ni absoluta verdad.

Nietzsche tampoco fué un sistemático. No alcanzó las soberanas perspectivas de un Leibnitz ó un Spencer; se detuvo, por artista, en la contemplación de lo individual, de lo concreto, de lo definido; pensó mucho, y á ratos muy bien, sobre lo contingente, mas no logró la eurytmia filosófica del conjunto que, como el foco de un lente, abarca la reducción de lo cognoscible á una sola ley omnilateral, desde donde por el genio verdaderamente filosófico, se atisba sin descanso el «devenir» eterno.

* * *

Acabo de exponeros, señores, mi noción acerca del espíritu de Nietzsche; pasaré ahora al estudio de las ideas que se encierran en sus libros.

Toda doctrina religiosa, moral, política ó científica, tiene sus causas en las fases anteriores del pensamiento religioso, moral, político ó científico. Los sistemas filosóficos, son verdaderos seres sociales, que, como todas las cosas, obedecen á la ley de causación y no podrían considerarse acertadamente, sin recurrir á sus antecedentes directos. El pensamiento nietzscheano, tiene su causa en la filosofía pesimista de Arturo Schopenhauer.—En la historia de la mentalidad sintética de Alemania, Schopenhauer es un vértice. Representa una reacción contra el idealismo de los conspicuos sucesores de Kant, é inaugura, según él mismo advierte, la era de la metafísica fundada en la experiencia, de modo que su sistema puede servir de transición entre la libérrima especulación *á priori* de los Fichte, los Schelling y los Hegel, y la corriente neo-criticista y positivista que después se desarrolló en Alemania, concomitante al auge de las ciencias experimentales físicas y biológicas. Su sistema se distingue por la creencia en la fundamentalidad noumenal de la voluntad, es decir, de la fuerza infinita, por su documentación experimental, y por su explicación pesimista del mundo anorgánico y orgánico. Schopenhauer emplea en su creación admirable, tres grandes dotes que poseía en el más alto grado: su inteligencia, apta lo mismo para el análisis que para la síntesis; para la dirección del fenómeno siempre complejo, y para la percepción de lo abstracto, por más abstracto que pudiese suponerse. Su facultad estética, informada en un sentido pesimista y como ninguna perspicaz en sus apreciacio-

nes, impregnada del más exquisito gusto y de la más completa consideración crítica de los obras maestras del arte. En fin, su erudición vastísima, como pocos hombres han sido capaces de obtenerla. Con estos elementos, Schopenhauer emprende la unión del espíritu asiático, místico y negativo, con los más estimables resultados de la filosofía metafísica y con la hipótesis realista del mundo como Voluntad, opuesto al mundo como Percepción. Nietzsche nace á la vida mental, acogándose (después de atravesar por un período de teología protestante) á la sombra del gran árbol schopenhaueriano. Durante algún tiempo, permanece fiel á la enseñanza del maestro y á su moral nirvánica; mas cuando su propio temperamento se afirma, cuando el espíritu indómito, hiperbóreo, viril, que en él había, logra su madurez plena, el discípulo, anhelante por concretar las vitales inspiraciones, que le sugiere su inconsciente, rompe lanzas en contra de la filosofía de su maestro; y pugna por presentar en fórmulas nuevas, el testimonio de su autonomía, oponiendo al pesimismo que para siempre se involucrara en su conciencia, todas las diversas teorías que le debemos; lo apolíneo y lo dionisiaco, el superhombre, el aristocratismo, el retorno eterno; doctrinas que revelan por algunas de sus inherentes contradicciones, la brega y la vacilación de un pesimista convencido, que sostiene, sin embargo, el vivir heroico, y se recrea en la profunda eternidad de cada dolor y de cada placer. Lo apolíneo, es la emancipación por el ensueño, el triunfo en la belleza, el reconocimiento del mal universal que dominaron los antiguos griegos, no en su esencia (porque el mal es la esencia del mundo), pero sí en la conciencia del hombre que sueña. El poema Homérico, es la cristalización de semejante victoria estética. Así se constituye, según Nietzsche, el primer grado de la

exaltación humana sobre el pesimismo. «Eres bella y por eso te amo, vida, aunque seas cruel!» Fórmula del triunfo apolíneo que se complace desde lo inaccesible del ensueño, en la crueldad cobarde del mundo.

Lo apolíneo es como un sexo estético, pero no abarca toda la vida estética. El sueño no es todo el espíritu. De la misma suerte que un sexo biológico, el sentimiento apolónico necesita su complementación por lo dionisiaco; por el otro sexo estético, por el abandono en el éxtasis.

Lo dionisiaco es la emancipación de la personalidad individual, perecedera, que se entrega y se confunde en la imperecedera é increada naturaleza: la liberación arcana que el sonido engrandece. En dicha liberación musical, el yo y el Universo se compenetrán en un frenesi divino.

Lo apolíneo y lo dionisiaco fúndense en la obra magna de la virilidad griega: la tragedia clásica. Prometeo, erguido frente á Zeus, Agamemnon y Clitemenstra, Cassandra y Orestes, todas las figuras congojosas y heroicas en medio de sus tribulaciones, del teatro inicial de Esquilo; todas las imaginaciones perfectas de Sófocles el perfecto, son fórmulas apolíneas de la profundidad dionisiaca, frutos opimos de los sexos estéticos, que por afinidad electiva se buscan, se unen y se complementan.

Así vió Nietzsche al espíritu helénico, arrancándose el yugo del pesimismo. En su inimitable creación, forjaron los griegos, al llevar á sus semidioses y á sus príncipes á la cima trágica de los más intensos dolores, el único y memorable consuelo de las almas valerosas que ninguna pena puede abatir y que en el instante más terrible, ostentan la confianza en sí mismas, aun cuando el paroxismo crispe los nervios, y se halle á punto de negar sus vidas.

¿Qué valor científico tiene la interpretación que del arte clásico hace Nietzsche?

Desprendámonos del encanto que nos subyuga al contemplar la grandiosa belleza de lo apolíneo y lo dionisiaco, como explicaciones del arte helénico; investiguemos si realmente el pesimismo es núcleo de la elaboración artística de Grecia, si aquel pueblo que existió pesando sobre una masa innominada y miserable de esclavos, y que sólo tuvo como misión el culto físico y moral de sus miembros para la mayor gloria de la raza y la seguridad de la independencia en cada ciudad y en cada alianza; si aquel pueblo que los poetas de todas las épocas nos han señalado como arquetipo de las sociedades serenas y alegres, viviendo fácilmente sobre el más propicio territorio, bajo el más luminoso de los cielos y junto al más admirable de los mares, pudo sentir alguna vez «la profunda vanidad del todo,» como el Salomón judío, el Bodisatva indostánico ó los modernos pesimistas Leopardi y Schopenhauer.

Cierto que hay que amenguar un tanto la florida leyenda de la felicidad helénica; cierto que el hombre en todas partes ha sentido la garra del dolor hundido en sus entrañas; cierto que las enfermedades, la guerra y la muerte, son patrimonio de la humanidad entera. Pero de ahí á suponer á los trágicos griegos y á Homero, videncias y convicciones pesimistas, media un abismo, que Nietzsche ha llenado, al revestir con su sentimiento íntimo á la conciencia helénica é interpretando en una genial equivocación; sus propias intuiciones en vez de las que tuvo de veras aquella celebrada nación de olímpicos juegos y festivales plebóticos de risas y de cantos.

Grecia, no obstante las eruditísimas corroboraciones filológicas de Nietzsche, seguirá siendo para nosotros, como para las venideras generaciones, la patria clásica de la alegría de vivir, y creo que de aquí á muchos siglos, todavía podrá decirse, sin engaño, la bella estrofa del poeta español:

No has muerto, no mueres, ¡oh Grecia triunfante!
por cima del rostro de Cristo expirante;
aún tu tirse asoma detrás de la Cruz,
y aún del Universo llevada en la brisa,
vives hecha danzas, y juegos, y risas,
y amor, y cinceles, y versos, y luz.

II

La ética del superhombre brotó á consecuencia del profundo desaliento, de la inmensa y tristísima decepción nacida en el alma del filósofo al contemplar las innumerables miserias que afligen á la humanidad. El superhombre es un hijo del dolor humano.—Cuando Schopenhauer hubo concebido el placer como la simple ausencia del dolor, y el dolor como elemento positivo de las emociones, admitió, consecuente consigo mismo, como desideratum acabadamente moral, el aniquilamiento de la vida, dignísimo remate de una existencia desprovista de sentido hedonístico. A diferencia de su antecesor, Nietzsche acata la tesis pesimista, pero se empeña en la transformación de la humanidad miserable, en una especie más noble, en una vida más intensa y extensa que la vida humana, capaz de la alegría dionisiaca que sabe que el dolor es la ley irrefragable, y, sin embargo, siente la frenética alegría del éxtasis.

Extirpemos, nos dice, los desfallecimientos incurables y la morbosidades deprimentes; si el mundo es malo, peor será si nos cortejan los débiles; sepamos revestirnos de indiferencia para con los dolores del prójimo, ayudemos á desaparecer á los enfermos, á los decadentes que emponzoñan la vida, al individuo misérrimo que ni sabe ni puede fortalecerse ni fortalecernos. La piedad es el mayor obstáculo para el engrandecimiento; la caridad el primero y más nocivo de los vicios. Blindemos nuestro criterio moral con la voluntad de su-

frir y hacer sufrir; tengamos la conciencia de nuestra misión salvadora y de los medios que nos llevarán hacia el radioso porvenir; la compasión es femenina, cristiana, crepuscular, enervante.

Que sobre la piedad que empequeñece y la simpatía que corrompe, brillen la lucha que aquilata, el dolor que conquista y el triunfo que enaltece. Seamos enérgicos y despreocupados. La vida nos quiere fuertes y serenos como los semidioses del paganismo, como los hombres del renacimiento, como los Napoleones contemporáneos y los Césares antiguos: ágiles, sinceros, anticristianos. Así habla Federico Guillermo Nietzsche por la boca sibilina de Zarathustra.

Varios han pensado que en el fondo de la moral Nietzscheana radica un repugnante immoralismo egotista. Dicese que en tal teoría se esconde la quinta esencia de la maldad más perversa, como en las enseñanzas desconsoladoras del extraño Max Stirner. Para quienes así piensan, Nietzsche es el apologista decidido de la fuerza brutal que tiraniza; su credo, la expansión salvaje de la individualidad independiente de todas las normas y todos los deberes. La conducta más buena, aquella que se adapta a las propias inspiraciones; la satisfacción criminosa ó animal de todos los deseos sin tener en cuenta las deseabilidades y los derechos de los demás hombres, considerados solamente como fuerzas antagónicas, que lo mismo que las resistencias del medio, deben ser combatidos con todo el rigor que enseñe la individual experiencia. Así, gracias á esta ponderada moral de lucha, asientan los impugnadores del filósofo, el bien se reduce á una palabra vana, el lento esfuerzo armonizador de la sociedad viénesse á tierra; y, andando el tiempo, el género humano, sometido á las inclemencias zoológicas del egoísmo sistemático, se anonadaría de seguro, en vez de en-

gendrar el advenimiento de la soñada superhumanidad.

A mi modo de ver, es un error el que estriba en juzgar tan rigurosamente la teoría que me ocupa. Stirner suscribe un nominalismo moral absoluto: «Lo divino mira á Dios, lo humano mira al hombre.» «Mi causa no es divina ni humana; no es ni lo verdadero, ni lo justo, ni lo bueno, ni lo libre; es lo mío. No es general, sino única, como yo soy único.» «Nada está por cima de mí; yo soy el propietario de mi poder; y lo soy, porque me sé único. En el único, el poseedor vuelve á la nada de que ha partido.» «Todo ser superior á mí se me debilita ante el sentimiento de mi unicidad, palidece al sol de esa conciencia.» Guerra á todos los credos, á todos los universales y á todos los imperativos Abstracciones vacías, *flatus vocis!* Sólo yo soy real para mí mismo. El mundo y el hombre, son entidades contrapuestas á mi yó, que habré de vencer cuando se constituyan en condiciones negativas de mis aspiraciones conscientes ó inconscientes. He aquí el anarquismo que espande, la negociación morbosa de todo ideal, la historia, el bien y el progreso subordinados á cada sujeto; supuesta la posibilidad para cada quien de raciocinar como Stirner usando de las mismas prerrogativas que él usa al proclamar su unicidad absoluta.

Todo espíritu verdaderamente superior, debe hallarse descontento del presente; sólo los imbéciles viven sin desilusiones y sin esperanzas; el hombre que desea con vehemencia el perfeccionamiento, no puede satisfacerse con las actuales circunstancias de vida; supone, imagina, crea un mundo interno mejor, y espera firmemente, como dice Emerson, «que el tiempo transforme las cosas interiores y las haga exteriores; que lo que es verdad en el fondo de su corazón, sea verdad para todos, y

«que su primer pensamiento se lo devuelvan las trompetas del juicio final.» Nietzsche profetiza la eclosión de una nueva especie mejor que la que hoy pugna por vivir. Su ética tiene un imperativo. Hay que subordinar el hombre al ideal. La crueldad, la muerte, el exterminio, son los caminos que nos llevarán al superhombre, «sentido profundo de la tierra.»

La lucha para el y yó por el yó; por mí y para mí; y la lucha para el advenimiento de una forma de vida mejor, son dos cosas de trascendencia totalmente diversa.

Lo expuesto no quiere decir que la sublimidad de un ideal superhumano traiga como consiguiente indispensable, la justificación de los medios que se estiman aptos para realizarlo. La historia está llena de venerables ensueños que se han negado por sus propios errores al elegir defectuosamente las maneras de ponerse en acción. Fascinados los grandes espíritus en muchas ocasiones, todo lo someten á la exteriorización de su mundo interior, y al creer que sus inspiraciones intuitivas son verdaderas á la par que necesarias, se hacen un deber de realizarlas por todos los caminos que se encuentran á su alcance. El impulso interno es á veces tan imperioso, que la razón no acompaña como buena consejera á la imaginación creadora, proviniendo de ahí que el ideal, loable en sí, resulte al encontrarse con la realidad de las cosas, un pensamiento augusto que merecería ser la suprema ley de un mundo organizado, de un modo muy diverso al en que vivimos, pero que para éste, en sentido alguno es adaptable ni benéfico, sino por el contrario, incongruo y dañino.

Si las condiciones de la lucha social fuesen idénticas á las que determina la lucha biológica; si fuera débil quien sucumbe y fuerte quien triunfa en la continuada porfía económica, jurídica, ética ó política; si no existieran privilegios inmerecidos que

acorazan las debilidades más vergonzosas contra las fuerzas más estimables; si, como en un hipotético palenque, cada quien llegase como en los torneos caballerescos, con armas proporcionales á la brega; quizá de la lucha de todos contra todos surgiría el perfeccionamiento ideal de la humanidad que Nietzsche indica. Si toda debilidad fuese incurable y toda fuerza engrandecedora; si no se diera con frecuencia el caso de hallar débiles relativamente fuertes, y fuertes relativamente débiles, intelectuales enclenques y atletas estúpidos; si la perfidia, la astucia y el músculo del criminal nato, constituyesen de hecho factores morales (como opina Nietzsche) y no inmorales, como estatuye la sociología penal; si las energías de los pequeños no significaran un grano de arena, por lo menos, en la gran lucha de la humanidad contra la naturaleza; si, en fin, el mundo superorgánico, significara una reproducción del mundo animal, la lucha sangrienta, tenaz, prejurídica; el «*homo homini lupus*» de los antiguos, sería la mejor de las leyes morales; y la máxima «no contentamiento sino más poder,» que en el prólogo de su Anticristo stampa Nietzsche, el antídoto contra todas las decadencias, la panacea indeclinable de todas las debilidades. Entonces la superhumanidad surgiría de esa pugna subhumana, venciendo las impurezas y los desfallecimientos de los hombres.

Pero si la humanidad no es una simple denominación genérica, sino un selecto grupo biológico, congruente en su pasado, en su presente y en su porvenir; si la unión del pequeño y el grande hace más fuerte al segundo y vigoriza al primero; si el secreto de la lucha social es la cooperación de todos los individuos; si la división del trabajo tiene tareas humildes para los humildes y reclama esfuerzos gigantescos de los poderosos y creaciones incomparables

que alcanzan los excelsos; si á cada momento el altruismo se depura y se ensancha; si la ciencia es un esfuerzo colectivo de los pacientes y los geniales; si el arte unifica todas las conciencias en una sola conciencia y todos los ensueños en un solo ensueño; si apoyados unos en otros, vamos, peregrinos en el desierto de la vida, hacia la promisión de una tierra mejor; si el dolor á todos combate y el placer á todos reanima y el amor á todos subyuga; unámonos en apretado lazo, derribemos con el salmo de la benevolencia recíproca los obstáculos que nos separan, como Josué, con su cántico divino, hizo venir á tierra las recias murallas de la ciudad enemiga; sintamos el latido de todos los corazones, y preocupándonos en cada día y en cada instante por el bien de todos, que es el nuestro, por el bien nuestro que es el de todos, esperemos firmemente el advenimiento de la superhumanidad futura.

Sobre la creencia pesimista de Nietzsche, más humana, más científica, más consoladora, está la creencia que con su carne y su sangre, vienen infundiendo, hace muchas generaciones, las madres cristianas á sus hijos. «Ama á tu prójimo como á ti mismo;» así habló el hombre divino de Judea, y su voz ha sabido suscitar un eco interminable en todas las latitudes y en todas las conciencias. «Ama á tu prójimo como á ti mismo;» ved aquí la norma perfecta para una sociedad perfecta, el más glorioso de los imperativos, que confunde la justicia y la generosidad en un solo enunciado.

Y mientras el pensamiento de Jesús se va realizando en el mundo, mientras la era superhumana se anuncia, practiquemos la justicia; demos cabida á todas las libertades dentro del derecho, y mantengamos todos los derechos dentro de la libertad; volviendo sin cesar los ojos hacia los débiles que fueron vigorosos ó que podrán serlo,

hacia los abuelos debilitados por la vida y el tiempo, hacia los niños que el tiempo y la vida fortalecerán, hacia los ignorantes que pueden saber, hacia los enfermos que pueden sanar, hacia los desvalidos que pueden convertirse en valerosos. Reivindiquemos la justicia como la plenitud de la personalidad, pidamos al burgués y al capitalista lo que lealmente toca al proletario, al hombre lo que respecta á la mujer, al gobernante lo que compete al gobernado, á la multitud ignara lo que concierne á la minoría selecta; y á todos, lo que exige la civilización, sublime por qué del hombre.

*
**

Las ideas morales y estéticas de Nietzsche, hallan su natural integración en las tesis cosmológicas del mismo filósofo; tesis que afirman nuevamente las genuinas indeterminaciones del autor cuando trata de formular su inteligencia de la evolución universal y de los límites del conocimiento. Obedeciendo á una tendencia definida del pensamiento actual, Nietzsche ha rendido pleito homenaje al experiencialismo filosófico. En el «Crepúsculo de los Idolos,» se encuentran estas cuatro proposiciones contundentes, que sintetizan el parecer hiperpositivista del cantor de Zarathustra: «Primera proposición: «Las razones por las cuales se ha llamado á este mundo, un mundo de apariencias, prueban su realidad por el contrario. Otra realidad es indemostrable en absoluto.»

«Segunda proposición: Los distintos signos que se han atribuido á la verdadera esencia de las cosas, son los signos característicos del no ser, de la nada. Por virtud de esa contradicción se ha construido el mundo verdad como mundo real y verdadero, cuando es el mundo de las apa-

riencias en cuanto á ilusión de óptica moral.»

«Tercera proposición: Hablar de otro mundo distinto de éste, carece de sentido; suponiendo que no nos domine un instinto de calumnia, de empequeñecimiento y suspicacia contra la vida. En este último caso, nos vengamos de la vida con la fantasmagoría de una vida distinta, de una vida mejor.»

«Cuarta proposición: Dividir el mundo en un mundo real y un mundo de apariencias, ya sea á la manera del cristianismo, ya al modo de Kant (un cristiano perdido en último resultado), no es más que una sugestión de la decadencia, un sintoma de la vida descendente.»

De las proposiciones enunciadas emerge la creencia en una negación categórica de todo realismo. Nietzsche se revela en ellas, como opositor sistemático al sistema de Kant (noumeno y fenómeno); de Shopenhauer (voluntad y representación); y de Spencer (incognoscible y cognoscible). El modo sensible é inteligible es todo lo que existe, según la criteriología del gran artista.

*
**

«Fué en el mes de Agosto de 1881, cuando en Sils Maria brotó como un relámpago en el cerebro de Nietzsche, la hipótesis del retorno eterno, base y coronamiento de la teoría del Superhombre.» Así se expresa el entusiasta admirador de Nietzsche, Henri Lichtemberger.

La teoría del «retorno eterno,» forma cruel del pesimismo sistemático, debe, en efecto, haber causado espantosa conmoción intelectual, al hombre que por vez primera la sintió apuntar en su cerebro, surgiendo de repente de las recónditas profundidades de su inconsciente. El regocijo que acompaña á las grandes crea-

ciones debe haberse disminuido un tanto en lo que se refiere á la hipótesis del «retorno,» pues que nada, á mi ver, existe tan rematadamente doloroso, como la implacable doctrina señalada.

La evolución es cíclica; las combinaciones posibles de la materia, son en número finito, y el tiempo, el gran escenario, dentro del cual esas combinaciones actúan, tiene que admirarse infinito. De ahí que terminado algún lapso (el gran ciclo), lo que fué vuelve á ser idéntico á sí mismo; y el orden causal, verificándose fatalmente, reproduce una á una las combinaciones acaecidas. Como un infinito ha transcurrido ya en el tiempo, una infinidad de veces ha sido lo que es hoy. Las agrupaciones atómicas y moleculares; la vida, con su cortejo de formas y de seres; la conciencia, con sus dolores inquietantes y sus placeres intensos; la historia, drama empurpurado con los sacrificios de los héroes y enaltecido con sus épicas hazañas; la evolución, en fin, anorgánica, orgánica y superorgánica; todo lo que ha sido bueno ó malo, fuerte ó débil, ridiculo ó sublime; objetiva ó subjetivamente, ha sido y será una infinidad de veces en la duración inconcebible del tiempo.

¡Oh progreso! ¡oh adelanto! ¡oh perpetua pugna por un «algo mejor!» ¡oh finalidad que das precio á la vida! ¡Sois nada más palabras, palabras, palabras! Un Hamlet aun más trágico que Hamlet, lo anuncia. Llega, como espíritu de los antros, en donde se reunía el profundo pensar, á decirnos la verdad que parece cubrir de negrísima pompa la eternal opulencia del mundo. Parece que el genio infernal que Descartes suponía creador del mundo y burlador de los meditativos, lo ha creado en efecto y se recrea en la profunda persistencia de cada bondad y de cada maldad, de cada pena y de cada regocijo, de cada triunfo y de cada desengaño. Aprestaos á reunir

todas vuestras fuerzas, para no perecer de pavor al sentir la infame negación que envuelve la verdad más alta que puede saberse; el devenir es ciclico. Una infinidad de veces el Oriente bárbaro caerá como aciaga tormenta sobre la Grecia de los Temistocles y los Milciades. Una infinidad de veces se precipitarán los bárbaros de Atila sobre los escombros del Imperio Romano. Una infinidad de veces habrá esclavos y señores; feudales y pecheros; opulentos burgueses y miserables asalariados. Una infinidad de veces han subido y subirán los Cristos al Calvario y los Sócrates beberán la cicuta. El progreso es un nombre. La humanidad un Sisifo incansable.

Según mi criterio, y aun cuando se haya dicho que la discusión de la tesis del «retorno eterno» es imposible (dado que hace entrar en su enunciado la noción negativa de infinito), creo que la admisión de las conclusiones kantianas que hicieron del tiempo y del espacio formas á priori, independientes de los atributos de las cosas, es la causante directa de las deducciones de Nietzsche. Si se concibe el tiempo como la sucesión, como el orden de las mudanzas, nada tiene de absoluto que pueda existir fuera de la realidad, pues, como dice el filósofo: «una duración sin algo que dure, un orden de mudanzas sin algo que se mude, son ideas generales que sólo pueden concebirse por abstracción.» El tiempo es una idea que comprende todas las secuencias, no una forma de las cosas, ni una forma de las ideas independiente de los atributos de las cosas, sino una relación, un atributo repe-

tido innumerablemente y convertido en forma de las ideas mediante la herencia psicológica de las generaciones precedentes, organizada en el lento transcurso de los siglos. Si el mundo, esto es, la materia en movimiento, se reduce á una sola representación: la de fuerza; y sus múltiples manifestaciones á una sola ley: la persistencia de la fuerza; entonces tendrá que aceptarse, como dice Spencer, «la persistencia de una causa que sobrepasa nuestro conocimiento y nuestra concepción.» Afirmando, afirmamos una realidad incondicionada, sin principio ni fin. «Ahora bien, la idea de un tiempo infinito, es la de una fuerza que obra infinitamente de una fuerza constante que ni aumenta ni disminuye.

Al desarrollarse «una realidad incondicionada sin principio ni fin» en el infinito del tiempo, nunca se repetirá la misma distribución de la fuerza; nunca se reproducirán las causas suficientes de un solo fenómeno; mas como Nietzsche ha negado en su criterología todo realismo, concibió el «retorno eterno» como consecuencia indeclinable de un mundo fenomenal finito, evolucionando dentro de la inmensidad del tiempo.

El pesimismo cosmológico, ético y estético, es indemostrable. Todas las auroras anuncian un advenimiento; todos los instantes llevan consigo algo que no volverá á ser. El hombre es perfectible. La evolución no es ciclica. Nietzsche ha probado con sus diversas teorías, la originalidad de su genio; pero la complejidad del mundo es más compleja que el genio de Nietzsche.



CARDUCCI

Para la "Revista Moderna."

Ha partido el Maestro . . . cruza lenta la barca
De Thánatos las ondas calladas del Estigia;
En la ribera oscura, erguida está la Parca
Atropos, coronada de asfodelos de Trigia.

Al golpe de los remos, la onda negra enarca
Su lomo hirsuto . . . Gimen los cisnes del Estigia;
El terrible barquero sonríe ante la Parca
Atropos, coronada de asfodelos de Trigia.

Una gran sombra blanca, con su fulgor alumbra
Del tenebroso Esefo la trágica penumbra;
Y la gran sombra blanca ilumina el Letheo . . .

Entonces, desde el fondo de los bosque sagrados
Avanzan, en teorías, los genios inspirados;
Y al que llega, en sus brazos recibe el dios Orfeo!

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra, Febrero, 1907.